

**Ladrones, rateros y borrachos:
una jerarquía del delito en la tetralogía narrativa de Manuel Rojas¹**

Pablo Fuentes Retamal
Universidad de Concepción
Chile

No exageramos ni un ápice cuando decimos
que en la capital de la República hay dos
mil quinientos delincuentes de oficio.

Y con este número llegamos a formar el mayor porcentaje de delincuencia en el Mundo.
Ventura Maturana, Director de la Policía durante la dictadura de Carlos Ibáñez.

En *Antología autobiográfica* (1962) Manuel Rojas señala algunas anécdotas de su niñez. En aquellos entonces su madre, Dorotea Sepúlveda, arrendaba una casa ubicada al sur de Buenos Aires. Además del escritor y su madre, una segunda familia habitaba en este inmueble:

Compuesta de un español llamado Aniceto Hevia, su mujer, Carolina, chilena; tres muchachas, Carmen, hija de Carolina, Natalia y Sara, y además de un muchacho, Luis. No supe, ni sé quién había sido el padre de Carmen, pero sí sé quién era el padre de los demás: Aniceto Hevia, apodado “El Gallego”, ladrón nocturno. (*Antología* 99)

Aniceto Hevia, alias El Gallego, dejó huellas profundas en la memoria de Manuel Rojas. De hecho, algunos episodios significativos de *Hijo de ladrón* surgen a propósito de las vicisitudes del ladrón nocturno; por ejemplo, las acciones de la primera parte de la novela son ficcionalizadas, a partir de los inconvenientes suscitados entre El Gallego y la policía bonaerense:

¿Cuándo supe que El Gallego era ladrón? Un día en que apareció la policía y se llevó a toda su familia, excepto a Aniceto, que no estaba en la casa. Lo supe todo y de seguro no me importó saberlo (...) Debo confesar, de soslayo, que yo admiraba al Gallego. (*Antología* 100)

Más tarde, en ciudad capital, El Gallego es arrestado por la policía. En su calidad de ciudadano español se lo juzga bajo la Ley de Residencia², normativa que decreta la

expulsión de aquellos extranjeros cuya conducta comprometa la seguridad nacional o perturbe el orden público (Fernández y Rondina, 360).

A los pocos meses de ser deportado de Argentina El Gallego se las ingenia para burlar la policía y regresar a ciudad capital. Aunque el ladrón jamás reveló los recursos que empleó en clandestinidad, Manuel Rojas estima que una profusa barba le ayudó a no despertar sospechas:

Una vez que lo llevaron preso y desapareció unos meses (...) volvió, y volvió con unas hermosas barbas (...) ¿Cómo volvió? No lo sé. Quizá con nuevos papeles, que alguien le hizo por ahí, y con esas barbas, desconocidas por la policía, pudo pasar sin despertar sospechas. (*Antología* 100)

El Gallego fue un hombre significativo para Rojas. Esta importancia hace que el ladrón se ubique en el mismo escalafón que el padre del autor. Entre las escasas líneas que el autor dedica a su progenitor encontramos la descripción propuesta en *Imágenes de infancia y adolescencia*: “era un hombre delgado y moreno, de estatura más bien baja, y bigote” (38).

Es interesante destacar que los varones más significativos para el autor, durante la niñez, conjugan en sus apariencias elementos comunes: “barbas y bigotes”. A partir de aquella anécdota biográfica, es posible escribir toda una Historia que encuentra un correlato en la tetralogía narrativa rojiana. Este es el propósito que hemos trazado para este artículo, es decir, indagar en bigotes, barbas y pormenores descriptivos para luego trazar una jerarquía del delito que comienza en el ladrón, transita por el ratero y termina en el borracho.

Es necesario consignar, junto con Ricardo Salvatore, que el mundo del hampa constituye una verdadera subcultura “con su idioma propio, con normas internas de conducta y con un grado notable de especialización profesional” (Ctd. en Palma 59). Lila Caimari profundizada en la cultura del robo señalando que la profesionalización del delito conlleva una estricta jerarquización que ordena y clasifica el hampa. Esta ordenación del mundo delictual constituye una disciplina aceptada y suscrita por criminales:

Hay una forma de orden basado en reglas meritocráticas de ascenso y descenso, dependientes en este caso del talento para el crimen. Este criterio regulaba carreras delictivas con escalas fijas, y un sistema jerárquico de poder tan claramente regido por principios de inteligencia y pericia que era casi un modelo (invertido) de organización social. (Ctd. en Palma 59)

El narrador rojiano tiene plena conciencia de esta jerarquía “invertida” del delito. Esta lucidez lo lleva a contradecir aquellas miradas sesgadas, que al modo de valoraciones policiales, reducen la cultura del robo a una masa inerte y homogénea: El inspector, que en sus primeros años de agente lidió con lo peor del ladronaje (...) seguía creyendo que todos eran iguales; (...) nunca se le ocurrió conversar con ellos y averiguar qué clase de hombres eran, y no lo había hecho porque el juicio que tenía de ellos era un juicio firme, un prejuicio. (*Hijo de* 403)

Para desmentir este prejuicio homogeneizante el narrador rojiano sugiere una ordenación del delito que posiciona en la cima a ladrones, luego, en un escalafón más abajo, a rateros. El último peldaño de esta ordenación delictual es habitado por borrachos quienes, sin hacer del delito una forma de vida, muestran conductas que se desplazan dentro de los márgenes establecidos para la criminalidad.

Bigotes y zapatos. Bloques de sentido que proyectan al ladrón en el relato

Luz Aurora Pimentel, siguiendo a Ronald Barthes, señala que describir es construir bloques de sentido particularizantes que al apilarse unos sobre otros crean efectos de verosimilitud en sentido acumulativo (63). De este modo, la reiteración adquiere sentido para la descripción, en cuanto la repetición de un mismo arreglo sémico instituye una configuración reconocible en el relato (Pimentel 73). Para los ladrones pormenorizados en la tetralogía narrativa “bigotes y zapatos” constituyen bloques de sentido cuya redundancia sémica crea un patrón perceptible en el relato.

El Gallego constituye el ladrón por antonomasia en la tetralogía narrativa de Manuel Rojas. La descripción de este hampón propone los bloques de sentido que luego seguirán todos los ladrones representados en el relato:

Mi padre, aturullado y sonriente, bajo su bigotazo color castaño, confesó que, en realidad, no era comerciante, sino jugador (...) salido de su casa al anochecer, no llegó contra su costumbre, a dormir ni tampoco llegó al día siguiente ni al subsiguiente. (*Hijo de 384*)

De acuerdo a los parámetros estéticos trazados por el relato, un delincuente común no puede ostentar un bigote como el que luce El Gallego. Para portar este atuendo es necesario cumplir una serie de exigencias meritocráticas que garantizan talento para el crimen. De acuerdo a los requerimientos sugeridos por el narrador rojiano, el bigote es sinónimo de delitos sobresalientes, por consiguiente, de respeto y admiración dentro del gremio delictual.

Aunque el narrador no detalla con exhaustividad los delitos perpetrados por El Gallego, podemos vincular este personaje a falsificación de billetes (*Hijo de ladrón 384* y ss.) y robo de joyas finas (*Mejor que el vino 834* y ss.). También valen las palabras de aquel agente policial que indica a Aniceto que su padre no es un delincuente común: Yo sé distinguir a la gente y puedo decir que su padre es... cómo lo diré..., decente, sí, quiero decir, no un cochino; es incapaz de hacer barbaridades y no roba porquerías, claro, no roba porquerías. No. El Gallego, no. (*Hijo de 396*)

Párrafos más adelante, otro policía entrega una valoración similar: “hay muchos (delincuentes) y son los que más dan que hacer. La policía estaría más tranquila si todos los ladrones fuesen como su padre” (*Hijo de 396*). Ambas estimaciones certifican que El Gallego no es un ladrón ordinario, pues éste nunca trasgrede la ley a cambio de botines miserables.

El respeto que exhibe El Gallego en los circuitos del hampa se evidencia en *Hijo de ladrón* cuando pesquisas y agentes policiales se impresionan al comprobar la fineza de su ropa interior:

Cuando lo desnudaron para registrarlo (...) se armó un escándalo en el Departamento: toda su ropa interior era de seda y no de cualquiera, sino de la mejor. Ni los jefes habían visto nunca, y tal vez no se pondrían nunca, una ropa como aquélla. El

director se hizo llevar los calzoncillos a su oficina; quería verlos.
(396)

En la novela inaugural de la tetralogía rojiana se describen otros ladrones que, al igual que El Gallego, lucen suculentos bigotes. Por ejemplo, El Pesado es pormenorizado con un frondoso mostacho:

Era un gran ladrón (...) tenía un bigotazo que le nacía desde más arriba de donde terminan las narices y que por abajo le habría llegado hasta el chaleco, si él, casi diariamente, no se lo hubiera recortado, pero lo recortaba sólo por debajo y de frente, dejándolo crecer a sus anchas hacia arriba. Robando era un fenómeno; (...) Los pesquisas hacían como que no lo veían.
(398)

Las habilidades delictivas de El Pesado provocan temor en agentes y pesquisas. Esta garantía para el crimen no sólo justifica su bigote, sino que además resuelve las extrañas circunstancias en que el hampón pierde la vida: “lo mató en la estación del sur una locomotora que venía retrocediendo” (*Hijo de* 398). Es interesante subrayar que la máquina de ferrocarriles arrolla al delincuente mientras retrocede, pues como dice el narrador rojiano: “de frente no habría sido capaz de matarlo” (398).

Víctor Rey es un respetado ladrón que, como El Gallego o El Pesado, también luce bigotes. Este ladrón es capaz de burlar todos los aparatos de vigilancia policial para sustraer suculentos botines en billetes y cheques: “alto, moreno, de bigotito (...) salió de la estación con veinticinco mil pesos y varios cheques” (*Hijo de* 399).

El Camisero, afamado ladrón de origen español, luce un poblado bigote que certifica sus méritos criminales. Las virtudes delictivas de este personaje hacen que víctimas, e incluso policías, cooperen en sus crímenes:

El Camisero, limpio, elegante, con grandes bigotes bien atusados, bajaba de un coche de primera
(...)
Célebre entre los ladrones (...) a las dos horas de estar detenido en una comisaría, tenía de su parte a todo el personal, desde los gendarmes hasta los oficiales, pocos podían resistir su gracia, y si en vez de sacarle a la gente la cartera a escondidas se la hubiese pedido con la simpatía (...) sólo los muy miserables se la habrían negado. (*Hijo de* 404)

La reiteración del bigote, en contigüidad al mérito delictual, constituye un arreglo sémico que otorga una lectura uniforme al relato. Este principio de yuxtaposición hace de la recurrencia un patrón semántico estable que instituye una configuración reconocible en el relato (Pimentel 73).

Una peculiaridad interesante sucede con Alfredo, el único ladrón que no se identifica con un alias, sino con su nombre de pila. Este personaje, cuya salud se encuentra debilitada, ve cómo su bigote adelgaza y disminuye, en razón de su imposibilidad para el delito: “Alfredo, así se llamaba aquel hombre, pudo acostarse y se acostó como si no fuera a levantarse más (...) sus bigotes, largos, negros y finos, daban a su boca entreabierta una obscura expresión” (*Hijo de 533*).

En sus primeros cuentos Manuel Rojas ya había vinculado el bigote al ladronaje. En *Un ladrón y su mujer* (1929) la pormenorización de su protagonista deja en evidencia esta contigüidad descriptiva:

Pancho Córdoba era un hombre delgado, moreno, de bigote negro. Vestía siempre muy correctamente. Era un poco jugador y otro poco ladrón, poseedor de mil mañas y de mil astucias, todas ellas, encaminadas al poco loable fin de desvalijar al prójimo. (158)

En la tetralogía rojiana algunos personajes que no ejercen el delito también lucen bigotes. Aunque estos sujetos no muestran afinidad al crimen, sí despliegan respeto y admiración en sus respectivos círculos y oficios; por ejemplo, El Lobo, alcalde de caleta El Membrillo, luce un pequeño bigotito que se condice con la importancia de sus labores: “uno de los pescadores, recién desembarcado de su bote, se acercó aquella mañana a nosotros y saludó: era un hombre (...) de pelo tieso y corto, orejas chicas y escaso bigote” (*Hijo de 575*).

El requisito del bigote y sus implicancias meritocráticas también valen para los personajes de afiliación ácrata. Esto explica el mostacho que ostenta El Filósofo quien, además de enseñar a un joven e inexperimentado Aniceto Hevia a ganarse la vida trae hasta la narración consignas de justicia e igualdad social:

Tenía bigote negro, alta frente.

-¿Encontró un pedazo? -preguntó, entre sorprendido y alegre-

¡Y qué grande!

(...)

-Es un metal y tiene valor; lo pagan bien.

(...)

Mi porvenir inmediato estaba en manos del hombre de la sonrisa y del bigote negro. (*Hijo de 544-6*)

En *Sombras contra el muro* Filín, militante anarquista de origen español, lleva un bigote que se condice con su afición por el estudio y la lectura:

Se trataba de un hombre joven, blanco y rosado, de cabello y bigote rubios.

(...)

Soñaba con libros, libros gordos de muchas páginas y repletos de ideas y conocimientos; (...) Era de una región de anarquistas y allí había recogido la palabra y la conservaba como algo precioso: pensaba que todo lo que leía, todo lo que poco a poco entraba en su mente, tenía un solo destino: dar brillo a esa palabra que guardaba. (*Sombras contra 626*)

Es importante destacar que la lectura y la instrucción son significativas para la acracia. De ahí entonces, la justificación para el bigote de estos personajes. Según las investigaciones historiográficas de Sergio Grez Toso, desde comienzos del siglo XX algunos centros y organizaciones obreras se valieron de la conferencia y el libro para conseguir la instrucción popular (57).

En *Mejor que el vino* el militante anarquista Enrique Gallardo enamora a la hija de un Coronel de Ejército. Probablemente la muchacha burguesa estimó conveniente abandonar el hogar paterno para fugarse en compañía del líder sindical tras apreciar sus perfectos mostachos:

Es un obrero calificado, calderero, anarquista sindicalista (...) luce un bigote que parece el sueño de un guardia civil: largo, parejo, sedoso; ni un solo pelo cae sobre la boca y cada uno tiene la longitud que, dada su ubicación, debe tener. Muchos de los adinerados caballeros que usan cosméticos y bigoterías y se llevan horas y horas retorciéndose las guías o aplastando a manotazos los díscolos pelos que amenazan meterse en la nariz o introducirse a la boca, darían años de su vida por el bigote de este obrero metalúrgico. (*Mejor que 798*)

El bigote, entendido símbolo de masculinidad, no sólo vale para la narrativa de Manuel Rojas. Este pormenor descriptivo también cobra sentido en la novela de Alberto Romero *La viuda del conventillo* (1930), específicamente en el episodio en que Fidel seduce a Ofrasia con sus bigotes: “el hombre conversaba unas cosas lindas; lucía unos bigotes seductores y tenía un modo de mirar, un aire tan varonil, que ella perdió la cabeza” (34). En la misma novela el joven Ángel Jeria sabe que el bigote es un recurso infalible para conquistar mujeres, por ello jamás sale de casa sin antes atusar y perfumar su mostacho:

El pobre muchacho no le perdía la afición a la noche. A las cuatro o las cinco se ablucionaba abundantemente, y después de comer algunas cosas, muy elegante, muy fresco, muy perfumado el bigotito con agua de olor, se lanzaba a la calle. (Romero 196)

Volviendo a la tetralogía rojiana, en *La oscura vida radiante* los bigotes distinguen a aquellos personajes ácratas que han hecho de la oratoria un arte. Este es el caso de Ortúzar, quien ostenta un frondoso bigote que se condice con su capacidad de razonamiento y debate:

Uno de ellos, el llamado Ortúzar, era un hombre delgado y moreno, de bigote (...) tenía la pasión de la oratoria, arte al que concedían, como anarquistas, un gran valor. Pensaba y decía que todos los anarquistas deberían ser grandes oradores, oradores de rico lenguaje y de gran capacidad de razonamiento, de modo que ningún burgués pudiera hacerlos callar con palabras o con razones. (Rojas, *La oscura* 94-5)

Hasta esta parte hemos señalado que los bigotes son, en palabras de Ronald Barthes, bloques de sentido que al apiñarse unos sobre otros crean efectos de realidad en sentido acumulativo. Siguiendo a Luz A. Pimentel, el bigote constituye un pormenor descriptivo cuya permanencia constituye una base clasemática jerarquizada que permite la proyección del objeto descrito en el relato.

Desde una mirada histórica es prudente señalar junto a Cristián Gazmuri que, desde la década del veinte hasta los años sesenta, el bigote fue una moda habitual entre varones chilenos. Probablemente esta predilección estética se deba a la influencia ejercida por algunos mandatarios, por ejemplo, “los mostachos desenfadados de Juan

Luis Sanfuentes o los bigotitos recortados de Ibáñez, Allende y Aguirre Cerda (...) todavía se usa en las Fuerza Armadas” (249). Gazmuri se refiere superficialmente al uso del bigote en la milicia, sin embargo, es posible escribir toda una historia de este atuendo en el mundo castrense.

Aunque el bigote es algo común en el Ejército³ es necesario destacar que los hombres jóvenes y de grados inferiores sólo tienen permitido llevar mostachos pequeños, por el contrario, los veteranos y oficiales de alta graduación pueden portar bigotes espesos. Esta disposición castrense cobra sentido en la novela *Revolución en Chile* (1962) de Sillie Utternut⁴, específicamente cuando la periodista que protagoniza el relato interroga a altos estrategas militares acerca de la viabilidad de una revolución social en el país:

-¿Militar? –aventuré-

-¿No se nota? – fue su altiva respuesta.

Lo miré: en efecto, su bigote indicaba por lo menos grados de Coronel.

-¿De modo –precisé- que usted desea una dictadura miliar?

- No queda otro camino. (62)

Tal como el Coronel de *Revolución en Chile* otros militares de menor jerarquía lucen bigotes que concuerdan con su graduación militar. En el cuento *El último disparo del negro Chaves* (1942) de Óscar Castro, el Sargento luce un mostacho que se condice con su escala de mando:

El Sargento Gatica, apretando los dientes amarillos bajo sus largos y lacios bigotes, tomaba conocimiento de cada nueva fechoría (...) atusándose el bigote y entrecerrando un ojo con un gesto que en él era característico, soltaba las palabras como descargas de fusilería y hacía descansar luego sus pesadas y peludas manos en las caderas para acentuar con mayor fuerza su autoridad. (29)

Entre los militares representados por Olegario Lazo Baeza hallamos un Teniente cuyos bigotes dialogan con su escala de mando. Es interesante destacar que el narrador de *Complot* (1957) únicamente describe mostachos para el oficial, en tanto que para el cabo que lo secunda no se anuncian pormenores:

El oficial (...) miró hacia abajo, se mascó el bigote y se quedó pensativo. El Cabo aprovechó este silencio para insinuar, tímida y cándidamente:

-¿No sería mejor regresar que internarse en la cordillera?...

El Teniente se irguió y repuso:

-¿Volver atrás? No. ¡Jamás!... (126-7)

Los bigotes constituyen toda una tradición en el mundo militar. Esto se evidencia en aquel bando promulgado en Valladolid (1842) que decreta que el bigote es un privilegio exclusivo para los reclutas del Ejército:

Habiéndose observado que varios vecinos y habitantes de esa ciudad (Valladolid) usan de bigotes y otros distintivos militares sin pertenecer al Ejército ni a la Milicia Nacional, y convencido el ayuntamiento de los perjuicios que pueden originarse de tolerar estos abusos (...), todo el que sin pertenecer al Ejército ni a la Milicia Nacional llevase bigote (...) sea presentado a la Autoridad (...) y le imponga las penas a que se ha hecho acreedor. (Ctd. en Espines 27)

Es interesante destacar que en la milicia, al igual que en la tetralogía de Rojas, el bigote constituye toda una exclusividad. De este modo, los mostachos son condecoraciones que, al modo de medallas o estandartes, evidencian los méritos de quienes los portan.

En la descripción de ladrones los “zapatos” constituyen un segundo bloque de sentido que, en palabras de Barthes, se adhiere y traslapa al de bigotes. La pormenorización de El Gallego sugiere este segundo arreglo sémico:

Los pasos de mi padre, esos pasos que sus hijos y su mujer oíamos en la casa, durante el día, cuando caminaba sólo para nosotros, haciendo sonar el piso rápida y lentamente, pero con confianza, sin temor al ruido que producían o a quienes los escuchaban, esos pasos que iban disminuyendo de gravedad y de sonido en tanto se acercaba la noche. (*Hijo de* 393)

A partir de entonces, “bigotes” y “zapatos” constituyen lo que Pimentel denomina contigüidades descriptivas, es decir, redundancias y reiteraciones que dan lugar a arreglos sémicos estables que instituyen configuraciones reconocibles para los objetos descritos en el relato (73).

La estrecha relación entre el ladronaje y el bloque de sentido correspondiente a zapatos se evidencia en *Hijo de ladrón* cuando un grupo de gendarmes allanan una celda para registrar los prisioneros:

Fuimos registrados de arriba abajo, sin misericordia, hurgándonos los gendarmes no sólo los bolsillos, sino también el cuerpo.

-Abra las piernas; un poco más, levante los brazos, suéltese el cinturón; ahora, salte.

(...)

Los cuatro ladrones fueron los únicos que hablaron durante aquella operación de reconocimiento.

(...)

Parecían los más seguros de sí mismos y, cosa rara, no se les hizo sacar los zapatos. (515-6)

Los zapatos, al igual que los bigotes, garantizan los méritos delictivos de quien los calza. En relación al privilegio que implica vestir zapatos el narrador de *Sombras contra el muro* divaga: “quien dice calzado dice vestido, habitación, comida, todo está unido a la temperatura y a la luz, no crea usted a esos individuos que dicen que el que anda descalzo es feliz” (620).

Al igual que ocurre con los bigotes, los zapatos no son una exclusividad reservada para ladrones. Ambos bloques de sentido valen también para los personajes que despliegan respeto y admiración en sus respectivos círculos y oficios. Este es el caso del ácrata Francisco Cabrera, cuyos bigotes y zapatos encuentran sentido al estimar la instrucción que entrega a Aniceto Hevia, protagonista de la tetralogía de rojiana:

-Le veía también la mejilla y la mitad del bigote- tal vez cercano a los treinta años. Llevaba zapatos, pantalones destrozados y llenos de pintura y una chaqueta blanca, más intacta y con más pintura que los pantalones y los zapatos.

(...)

-¿Anda sin trabajo? -inquirió.

Aniceto sonrió, como excusándose por su cesantía.

(...)

-¿Quiere ayudarme?

(...)

Si puedo, con mucho gusto.

El hombre inclinó la cabeza. (*Mejor que 778*).

En *La oscura vida radiante* los beneficios y reconocimientos que implica vestir zapatos justifican las aspiraciones de Pancho⁵, quien -a pesar de su modestia- ambiciona un buen calzado:

Pancho era lo que se podía llamar un buen hombre, un alma de Dios, un ser que no pedía ni ambicionaba nada (...) no esperaba nada de la vida ni de nadie, sólo algo de comer y un lugar donde dormir, algún pantalón, una camisa, zapatos. (*La oscura* 27)

Al igual que Pancho, el protagonista de la tetralogía rojiana también pretende unos zapatos. En los capítulos finales de *La oscura vida radiante* Aniceto evidencia estas aspiraciones al reservar parte de su sueldo a la compra de calzado: “cuando se cumplió la quincena, el mundo pareció animarse; ahora pagarán los sueldos y podré comprarme lo que he pensado, aquella camisa o aquellos zapatos que necesito” (227).

Como se ha señalado, la reiteración de bigotes y zapatos constituye un principio de yuxtaposición textual que posibilita la construcción de un patrón semántico estable que entrega solidez y sentido a la narración.

El narrador rojiano dibuja los primeros trazos de una jerarquía del delito cuando en *Sombras contra el muro* Fortunato recalca que es un ladrón, no un bandido: “Alberto, además, no llevó su revólver: Fortunato le pidió, casi le exigió, que no lo llevara; no quería exponerse a un tiroteo; era un ladrón, no un bandido” (662).

Respecto de ladrones, el bandidaje constituye un escalafón menor en la jerarquía del crimen. Para distinguir un segmento criminal de otro, el narrador pormenoriza a rateros con bloques de sentido particularizantes: “barbas y alpargatas”. De este modo, mientras los ladrones ostentan bigotes y zapatos, los rateros hacen lo propio con barbas y alpargatas.

Barbas y alpargatas. Bloques de sentido que proyectan al ratero en el relato

En *Hijo de ladrón* la familia Hevia cae en desgracia cuando su patriarca es detenido y juzgado bajo la Ley de Residencia. Se dictamina que El Gallego debe cumplir condena efectiva en la cárcel Ushuaia (*Hijo* 432 y ss.).

Tal como señala Manuel Rojas para su vecino de infancia, el personaje de la novela también burla las prohibiciones policiales para regresar a Buenos Aires. Esta evasiva supone costos, pues los rigores de la clandestinidad modifican por completo la apariencia del ladrón nocturno. Los bigotes característicos de El Gallego ceden lugar a una espesa y frondosa barba que atemoriza incluso a sus hijos:

Sus hijos recordaríamos toda la vida aquella noche en que apareció ante la puerta en los momentos en que terminábamos una silenciosa comida; hacía algún tiempo que no le veíamos -quizá estaba preso-, y cuando le vimos surgir y advertimos la larga y ya encanecida barba que traía, como si nos hubiéramos puesto de acuerdo, rompimos a llorar. (*Hijo de 387*)

La barba es un pormenor descriptivo que permite la representación de aquellos sujetos que, imposibilitados de ejercer el ladronaje, sólo cometen delitos y robos menores. En otras palabras, este bloque de sentido particularizante es el responsable de bosquejar al ratero en la diégesis.

Los infortunios del delito hacen que el marido de Bertola descienda en la jerarquía del crimen. Este ladrón deviene ratero luego de accidentarse y perder una pierna, pues su escasa movilidad sólo le permite cometer pequeños e insignificantes robos:

Un hombre bajo, robusto, siempre con una barba de por lo menos siete días (...) Había sido ladrón y dejado el oficio a raíz de la pérdida de una pierna: al atravesar, borracho, un paso a nivel, no hizo caso de las señales y un tren de pasajeros se le vino encima y le cortó la pierna un poco más abajo de la rodilla. (...) ¿Qué iba a hacer con una pierna menos? Se dedicaba a cometer pequeños robos, que vendía luego a clientes tan miserables como él. (*Hijos de 430-1*)

Las penas aflictivas son señales que distinguen al ratero del ladrón. Dado que los criminales de bigotes conocen a cabalidad la cultura del robo, saben qué artilugios les permiten evadir largas condenas; por el contrario, la incapacidad de rateros hace que tropiecen con errores que los ponen por largos periodos tras las rejas: “Fortunato (...) era un ladrón, no un bandido; los bandidos reciben sentencias de diez años para arriba y

ese espacio de tiempo lo juzgaba exagerado; su límite aceptable eran tres años” (*Sombras contra* 662).

La distinción aflictiva entre ladrones y rateros se condice con la pormenorización de aquel hampón que comparte calabozo con Aniceto, de manera que la barba del delincuente es un indicio de su extensa condena:

La barba crecida, los ojos legañosos, sentado en un rincón (...) con el aire de quien sólo espera la hora de su fusilamiento. Al verme se abrazó a mí y rompió a llorar.

-¿Qué te ha pasado?

No pudo contestar y lo dejé que llorara a gusto: con el llanto sus ojos enrojecieron, la barba pareció enredársele e hilos de saliva empezaron a correrle por los pelos

(...)

-Estoy preso por la muerte de Olga. (*Hijo de* 497)

La misma situación se vuelve a repetir en *Sombras contra el muro*. Una vez que Fortunato es liberado se halla un prisionero cuyas barbas anuncian un largo periodo en privación de libertad: “Despidete, mal educado -reclama uno de ellos destrozado también, con las rodillas al aire, descalzo, los ojos brillantes, barbudo y sucio” (650).

Este pormenor descriptivo encuentra sentido en el cuento *La espera*⁶ (1956) de Guillermo Blanco. En aquel relato la barba del prófugo, apodado El Negro, provoca lástima al agente policial que lo detiene, pues aquel pormenor es señal inequívoca del largo periodo que el hampón pasará tras las rejas:

Vio sus pupilas enrojecidas y su rostro barbudo, que se contraía en una suerte impasible de mueca de odio (...) experimentó una mezcla de terror y de piedad hacia ese infeliz forajido que iba a pasar el resto de sus días encerrado entre cuatro paredes. (100)

Hasta esta parte de la exposición hemos señalado que barbas y penas aflictivas extensas son bloques de sentido que proyectan a rateros sobre la diégesis. Este procedimiento narrativo constituye lo que Luz A. Pimentel denomina “microuniverso semántico”, es decir, una estructura que interrelaciona todos los elementos descriptivos para construir un sistema narrativo coherente (59).

La contigüidad descriptiva dada por barba y pena aflictiva se comprueba en *Sombras contra el muro* cuando el narrador pormenoriza ciertos prisioneros que comparten celda con Aniceto. Estos rateros envejecidos, que alguna vez ostentaron la jerarquía de ladrones, se encuentran incapacitados para ejercer satisfactoriamente el delito. Esta inoperancia para el crimen se traduce en barbas muy pobladas:

Barbudos, descalzos, mostrando por las aberturas de sus ropas todo lo que un miserable puede mostrar (...) de esos que ya no vale la pena poner en libertad porque vuelven al día siguiente o en el mismo día; ladrones envejecidos, que han vivido más de la mitad de su vida allí y que ya no pueden robar nada porque los conocen hasta las moscas de la ciudad y en cuanto los ve cualquier policía o agente los toma presos. (*Sombras contra* 656)

De acuerdo a los parámetros trazados por el relato, la barba constituye un pormenor descriptivo que garantiza escasos méritos criminales. La deshonra que conlleva este atuendo justifica la animadversión del narrador por Cristian, personaje a quien estima “derrotado por sí mismo y por la policía” (*Sombras contra* 602):

Uno de ellos, el de la mirada de pájaro, tenía una barba bastante crecida, de diez o más días, vergonzante ya, y se le veía dura, como de alambre, tan dura quizá como su cabello, del cual parecía ser una prolongación más corta, pero no menos hirsuta; el pelo le cubría casi por completo las orejas, y no encontrando ya por dónde desbordarse decidía correrse por la cara, constituyendo así (...) una barba que no lo haría feliz, pero de la cual no podía prescindir así como así. (*Hijo de* 542)

Para la policía la barba de Cristian es una garantía de sus escasos méritos criminales. Este detalle certifica a los agentes policiales que un disparo será suficiente para poner término a las malandanzas del ratero: “la Morgue. Ahí está. (...) no tiene reclamantes. Irá a la fosa común. (...) La bala le dio en la boca y quizá le arrancó los incisivos. Los labios, hinchados, no dejan ver nada” (*Sombras contra* 602).

Las penurias y desgracias que conlleva la barba justifican los recelos de Aniceto hacia este atuendo. En razón de ello, el protagonista siempre procura mantener sus mejillas correctamente afeitadas: “tenía necesidades (...) pocas, pero urgentes (...) que

la gente no me mire porque (...) mi pelo está largo, mis pantalones destrozados, mi barba crecida” (*Hijo de 556*).

La incomodidad de Aniceto con la barba cobra sentido en un peculiar pasaje de *Mejor que el vino*. Antonio Cabrera, ratero nocturno, ingresa hasta una tienda para sustraer un miserable, pero singular, botín: “una navaja de afeitar” (438 y ss.). Este objeto, en apariencia irrelevante, cobra sentido una vez que el hampón se lo obsequia a Aniceto. De este modo, queda en evidencia la disconformidad del protagonista con la barba: “poco después robó (Antonio Cabrera) en una ferretería, en complicidad con un vigilante. Me encontró y me regaló una navaja de afeitar” (*Mejor que 838*).

Las pretensiones de Aniceto por desestabilizar las miradas deterministas que lo vinculan a la criminalidad⁷, argumentando en favor de la herencia paterna, hallan respuestas en los peluqueros ácratas Garrido y Brown⁸. En *La oscura vida radiante* ambos barberos afeitan gratis a aquellos rateros que ansían dejar en el olvido sus barbas, y junto con ellas los vínculos que los atan a la clase delictiva más baja:

Garrido y su compañero Brown les cortan el pelo o los afeitan, y (Aniceto) siente desprecio hacia ellos (los rateros), aunque en el fondo sabe que no son culpables de su condición (...) ¿Por qué no ponen algo de su parte?, dicen algunos estúpidos, pero ¿qué van a poner si no tienen nada que poner?, todo lo que podrían poner es peor que lo que tienen, gente sin raíces, hojas, tronco ni frutos. (*La oscura 53-4*)

El ácrata José Encarnación⁹ escoge el camino contrario aquellos rateros con pretensiones de redención. Tras ser tildado de “espía de la burguesía” y recibir el descredito del mundo sindical, el personaje deja crecer su barba para largarse a deambular por las calles porteñas:

Algunos desalmados habían hecho correr el rumor de que no era más que un espía, un individuo que se mezclaba con los trabajadores para conocer sus movimientos sindicales y las idas y venidas de lo que los burgueses llaman “agitadores profesionales”. Algunos trabajadores del puerto amenazaron con darle una paliza. Y entonces se acabó. Se dejó crecer la barba, la pera, como él decía. (*La oscura 132*)

Siguiendo la terminología propuesta por Luz A. Pimentel, las barbas son pormenores descriptivos que construye una isotopía semántica, en otras palabras, forjan una base clasemática jerarquizada que colabora con la uniformidad del discurso (93).

En la descripción de rateros su “alpargatas” constituyen un segundo bloque de sentido que, como ya sabemos, se adhiere y traslapa a barbas. La pormenorización de aquel prisionero que comparte celda con Aniceto sugiere este segundo arreglo sémico: Los presos que se paseaban se detuvieron y los que hablaban, callaron (...) miré a mí alrededor; un hombre estaba frente a mí, un hombre que no sentí acercarse -usaba alpargatas- y que, a dos pasos de distancia, esperaba que terminara de llorar para hablarme. (*La oscura* 396)

Mientras que los ladrones anuncian sus pasos con los tacos de sus zapatos, los rateros esconden su caminar entre las suelas de cáñamo de alpargatas. Esta marcha imperceptible es, en términos de Deleuze, una “fuga” y resistencia al poder. Parafraseando a Mario Rodríguez las alpargatas sitúan a rateros entre las sombras del silencio, pues quienes se desplazan de modo imperceptible se tornan imposibles de observar y vigilar, logrando cometer las más graves atrocidades, sin que el poder lo sepa (31).

En *Hijo de ladrón* Aniceto Hevia, en calidad de indocumentado, calza alpargatas para violar la reglamentación fronteriza. La movilidad a espaldas del poder que otorga este calzado permite al personaje burlar la vigilancia policial y trasgredir las disposiciones migratorias:

- ¿Qué hago, entonces?
- Llevo unas alpargatas en mi mochila; se las prestaré.
- Me quedarán chicas.
- Les cortaremos lo que moleste, lo esencial es no pisar en el suelo desnudo. (*Hijo* 412)

Sin ningún documento que acredite su identidad, Aniceto sólo puede ingresar al país burlando el poder. Para este propósito las alpargatas son el calzado más conveniente, pues su pisada no deja huellas que la policía pueda rastrear. La necesidad

del protagonista por burlar la vigilancia policial justifica su comodidad con la prenda calzada: “las alpargatas me quedaban un poco chicas, pero no me molestaban” (*Hijo de 413*).

Las alpargatas vestidas por Aniceto son sólo momentáneas, sin embargo, los rateros hacen de este calzado una prenda de uso diario; por ejemplo, durante el Motín de Valparaíso el narrador pormenoriza un ratero destacando su calzado con suelas de cáñamo: “se oyó un ruido seco y el ratero se fue de bruces (...) calzaba alpargatas y éstas, rotas, separada ya la tela de la planta de cáñamo, dejaban ver unos talones como de rata” (*Hijo de 468*).

Los escasos méritos delictivos de quienes calzan alpargatas se comprueban al atender la descripción de El Chambeco. Este hampón, que el narrador estima un “ratero, variedad escapero” (*Hijo de 639*), deambula infructuosamente por las calles de Valparaíso en búsqueda de una oportunidad para delinquir:

El Chambeco (...) jamás llegaría a ser un ladrón de cualquier categoría. Vagaba días y noches por los barrios de la clase media, vigilando las puertas y las ventanas y dando en ellas tentones para ver si alguna había quedado abierta o se podía abrir; no era fácil hallarlas en esas condiciones y El Chambeco llegaba a veces a su cuarto más cansado que (...) un cartero que hubiese trabajado toda una jornada. (*Hijo de 640*)

Al esbozar una jerárquica del crimen resulta interesante atender cómo ladrones y rateros reparten sus ganancias. Mientras que los criminales con bigotes dividen sus botines en mitades iguales, los delincuentes con barbas son capaces de traicionar y matar a sus cómplices a cambio de una insignificancia. Respecto de esta administración pecuniaria el relato señala:

La única cartera conseguida en aquel día de trabajo contenía sólo dieciocho pesos, nueve de los cuales estaban ya en el bolsillo de su compañero de trabajo, ya que los ladrones, al revés de otros socios, comparten por igual sus ganancias. (*Rojas, Hijo de 523*)

A su vez, en la misma novela, el narrador acusa a rateros de ser capaces de “matar a un compañero por el reparto de una ratería” (396).

El escritor José Santos González Vera, amigo íntimo de Manuel Rojas, también se refirió a las particularidades de este segmento delictual. En su cuento *Sensible expropiador* (1961) el autor condensa estas particularidades del ratero, señalando lo siguiente:

El ratero actúa con un valor impar porque atraca a sus prójimos. Su orgullo radica en no ser advertido. Desliza sus dedos hasta el fondo de un bolsico y extrae, limpiamente la billetera o el reloj. El prestidigitador a su lado es un mero aprendiz. Si no se le siente, el manilargo se incorpora a la multitud: pero basta que le tiemble la mano, o alguien lo note, para que le lluevan bofetadas. Triunfa cuando no pesa ni se le ve. Mientras sus aciertos sean prodigiosos, su existencia será anónima. (311)

En la jerarquía del crimen hallamos un último peldaño habitado por borrachos. Si bien estos sujetos no hacen del delito una forma de vida, sus conductas se desplazan dentro de los márgenes que se establecen para la criminalidad. Por este motivo, no es de extrañar que una misma celda o calabozo albergue a ladrones, rateros y borrachos.

Hedor y vergüenza. Bloques de sentido que proyectan al borracho en el relato

El último peldaño en la escala del crimen es habitado por los borrachos. Si bien estos sujetos no hacen del delito un estilo de vida, en la tetralogía rojiana sus conductas se desplazan dentro de los márgenes establecidos para la criminalidad. La falta de lucidez resultante de la embriaguez hace que estos personajes se involucren en altercados e infracciones que los ponen tras las rejas.

La incorporación de borrachos en la jerarquía del crimen se explica al considerar la perspectiva ácrata desde la que Manuel Rojas concibe su tetralogía narrativa. Es necesario apuntar que para el pensamiento libertario el alcohol es un arma detonada por la burguesía para adormecer al proletariado. En razón de esto, durante la Guerra Civil española el Departamento de Orden Público de Aragón publicó un artículo¹⁰ acusando al borracho de traicionar la Revolución:

En estos momentos de inquietudes supremas, no debe tolerarse las borracheras. El borracho es un ser despreciable que hay que aniquilar (...) El que se emborracha en estos momentos deja de

ser un camarada para convertirse en un enemigo. Un borracho es un parásito. ¡Eliminémosle! (Ctd. en Lázaro & Cortés 14)

Los ácratas nacionales de comienzos del siglo XX también manifestaron su rechazo al alcohol. El anarquista Efraín Plaza Olmedo señala, en un artículo publicado en el periódico *La Batalla*, que la bebida es una celada burguesa que envenena al proletariado:

Arma ruin de los canallas para tener siempre al pueblo dormido por el excesivo trabajo y borracheras; que lo hacen servil y cobarde (...) [El alcohol] sirve a los burgueses para lanzar a los hambreados ignorantes (...) por el mal contenido orgullo herido, o para contener al proletariado cansado de tanta inequidad. (Ctd. en Godoy 135)

El escritor chileno José Santos González Vera, quien durante la juventud abrazó el credo anarquista junto a su amigo Manuel Rojas, colaboró habitualmente con el periódico ácrata *Claridad*. Entre sus reportes se halla el artículo *¿El alcoholismo es una virtud nacional?* (1921) donde el autor imagina los beneficios de una sociedad libre del flagelo de la bebida:

Las cárceles empezarán a cerrarse, las comisarías tendrán que licenciar a sus guardianes; los crímenes y las simples puñaladas irán desapareciendo (...) los obreros dejarían de agarrotar a sus mujeres; vivirían en casas limpias, se alimentarían bien, se harían respetar (...) se pondrían inteligentes y hasta se aficionarían a leer y pensar (...) los niños pobres no nacerían degenerados, los hospitales se irían desocupando, los médicos verían disminuir su clientela y mil actividades que dependen del alcohol cesarían. (*Letras* 50)

Una vez aclaradas las implicancias del alcohol para el anarquismo, volvemos a *Hijo de ladrón* para señalar que los borrachos representados en la novela son responsables de desatar enfrentamientos durante el motín de Valparaíso: “los policías no esperaban la provocación de los borrachos (...) todo había sido provocado por el empujón que un borracho diera a un policía” (475).

Los bloques de sentido que proyectan al borracho en la narración, es decir hedor y vergüenza, entran en juego una vez que los enfrentamientos han cesado y los manifestantes más exaltados han sido puestos tras las rejas:

Sintió, por lo visto, deseos de defecar, pero borracho como estaba no logró advertir que en un rincón del calabozo, que era bastante amplio, había una taza apropiada, y no viéndola y urgido por su deseo optó por desahogarse en el suelo y así lo hizo, abundantemente, quedándose luego dormido sobre sus laureles, encima de los cuales, finalmente, se sentó; sentado, buscó mayor comodidad y se tendió de lado para dormir. Su trasero y sus muslos se veían cubiertos de excremento. El hedor era terrible. (*Hijo de 475*)

El hedor que provoca el defecado del borracho es un bloque de sentido que proyecta al personaje en el relato. El narrador reitera este pormenor descriptivo al indicar: “el excremento del borracho hedía como diez mil excusados juntos y algo más” (*Hijo de 475*).

La contigüidad entre borracho y hedor se evidencia una vez que Aniceto vincula este detalle a la cantina del barrio: “el hedor, cosa curiosa, recordaba el que las cantinas del pasaje producían y arrojaban sin cesar hacia la calle: ese olor vinagre, como de cebollas en escabeche y vino fuerte, un olor picante que hería las mucosas” (*Hijo de 475*).

Siguiendo las palabras de Pimentel, para proyectar al borracho en la diégesis el narrador construye un microuniverso semántico cuyos bloques de sentido, es decir hedor y vergüenza, se interrelacionan para constituir un sistema de contigüidades obligadas. Esta dependencia sémica se visualiza una vez que ladrones y policías coinciden en la reprobación de aquel borracho que duerme recostado sobre sus inmundicias:

El policía, mientras cerraba, no pudo impedir que sus ojos miraran a aquel ser, atrayente y repelente al mismo tiempo (...) dijo, encogiéndose de hombros y dándome una mirada de comprensión:

-Por la madre, ¿no?, que un hombre pueda llegar a ese estado...
(*Hijo de 476*)

Aniceto Hevia también condena la actitud de aquel borracho, por ello se desplaza hasta una posición cuyo ángulo de mirada oculte la vergonzosa escena:

Me senté en la tarima, buscando un lugar desde el cual pudiera evitar la vista de aquel hombre, cuyo aspecto me llenaba de una terrible vergüenza, no porque hubiese impudicia en ello, sino porque había inconsciencia; el hecho de que no supiera ni pudiera saber el estado en que se encontraba, era lo que me producía aquella sensación. (*Hijo de 478*)

Debido a su militancia anarquista, Aniceto no puede ser indiferente¹¹ al hedor de aquel borracho. El protagonista siente un deber moral para con ese sujeto, por esto, planifica un método para limpiar al borracho de sus inmundicias y ayudarlo a ponerse de pie:

¿Qué podía hacer? Intentar despertarlo, limpiarlo, vestirlo, estando en el estado de embriaguez en que estaba, era una locura: se daría vuelta en contra del que intentase hacerlo, pelaría con él, le atribuiría quién sabe qué intenciones y por fin daría unos horrorosos aullidos. (*Hijo de 478*)

Para el narrador rojiano las problemáticas que acarrea el alcohol son evidentes, por ello no se explica cómo ninguna autoridad decide poner atajo a esta calamidad social: “las cantinas continuarían abiertas (...) con sus centenares de botellones de morado vino o de rosada chicha, y aquí estaba el fruto de ellas, tendido en el suelo, durmiendo y con el trasero a la vista” (*Hijo de 476*).

El hedor es en *Sombras contra el muro* el arreglo sémico que proyecta a borrachos en la narración:

-¡El borracho otra vez! -exclamó Manuel, asombrado-. ¡Y cagando!
Algo que hería las mucosas como un ácido, que era imposible rechazar porque tenía más fuerza que cualquier rechazo (...) algo que resbalaba sobre los descascarados muros y por el suelo, que trepaba en seguida por los cuerpos y penetraba en todas las aberturas, algo que podría vencer a todos los soldados que en esos momentos peleaban en Europa, crecía y se extendía en el

calabozo como un gas o un venenoso hongo; pronto, llenado ya todo el espacio disponible.

(...)

-¡Hijo de una grandísima puta!

-¡Hedionda la bestia esta!

(...)

La gente se abanicó con lo que pudo, sombrero, pañuelo, punta de frazada, manos, pero era un hedor que no se podía ignorar o repeler: saturaba cada pulgada cúbica del aire del calabozo y estaba, además, pegado a cada centímetro o milímetro cuadrado de las mucosas. (659-0)

En la misma escena el bloque de sentido correspondiente a vergüenza se traslapa y añade a hedor: “El borracho hundió más la cabeza entre los hombros y el trasero en la taza del excusado; tal vez hubiese querido desaparecer. Se daba cuenta de lo que había hecho y de lo que estaba haciendo” (*Sombras contra* 659).

En *La oscura vida radiante* la vergüenza que conlleva la borrachera justifica la ofuscación que siente Aniceto al ser tildado infundadamente de ebrio:

Le molestó que le llamaran roto y mentiroso y mugriento y curado, todo lo cual, en ese momento y quizá si siempre, era cierto, excepto lo de curado y mentiroso; hasta ahí llegaba lo que podía sentir y pensar. (163)

La vergüenza, entendida como un bloque de sentido que proyecta a borrachos en la narración, ha sido utilizada con anterioridad por Manuel Rojas. En *Pedro el pequenero* (1929) el protagonista baja la mirada avergonzado tras mendigar una par de monedas para emborracharse:

Dices que tiene sed y que el agua te hace mal. Seguramente necesitas vino.

Sacó del bolsillo el único peso que tenía y se lo pasó a Pedro el Chuico.

-Anda a calmar tu sed –le dijo.

-Muchas gracias, patrón –contestó Pedro en voz baja. Sin levantar la cabeza y apretando fuertemente el peso en su mano, entró a una cantina. (138)

Como se ha demostrado, vergüenza y hedor son bloques de sentido que al apiñarse y traslaparse constituye mecanismos de yuxtaposición textual cuyas reiteraciones permiten al narrador rojiano proyectar al borracho en la narración.

Conclusiones provisionales

La tetralogía rojiana sugiere una jerarquía del crimen que va desde el ladrón, pasando por el ratero, hasta el borracho. Esta ordenación del delito desestabiliza aquellas miradas sesgadas que reducen la cultura del robo a una masa uniforme y homogénea.

El narrador rojiano recurre a pormenores descriptivos para bosquejar aquel sector del hampa que ha decidido representar en su relato.

El primer escalafón en esta jerarquía del delito es habitado por ladrones, cuya pormenorización descriptiva sugiere que sus bigotes y zapatos son los bloques de sentido encargados de proyectarlos en la narración. El bigote constituye un detalle que garantiza méritos delictivos, lo cual se traduce en respeto y admiración en el gremio delictual. Esto certifica que sólo aquellos hampones que figuran en la elite del crimen pueden ostentar un mostacho.

En la descripción de ladrones sus zapatos son un segundo bloque de sentido que se traslapa y añade al anterior. Ambos pormenores constituye lo que Luz A. Pimentel denomina contigüidades descriptivas, es decir, arreglos sémicos cuyas reiteraciones instituyen configuraciones reconocibles para el objeto descrito. De esta manera, decir bigotes y zapatos es referir el escalafón más selecto del crimen, en otras palabras, es precisar a aquellos criminales que han hecho del delito una forma de vida.

El segundo escalafón en la jerarquía del crimen es habitado por rateros. Para estos hampones de segunda categoría sus barbas y alpargatas son bloques de sentido que se encargan de proyectarlos en la narración. Las barbas constituyen detalles que se vinculan con penas aflictivas extensas, pues en su incapacidad para el delito los rateros incurrir en errores que los privan de libertad por largos periodos. Del mismo modo, la

barba crecida es indicio de escasos méritos criminales, en razón de ello, la policía no titubea al momento de percutir un disparo para poner fin a las malandanzas del ratero.

Además de barbas el narrador rojiano se vale de alpargatas para proyectar a rateros en la narración. Este segundo bloque de sentido se vuelve significativo al atender las suelas de cáñamo de su calzado, pues esta particularidad permite un desplazamiento imperceptible cuyas huellas son imposibles de rastrear. El anonimato que otorgan las alpargatas permite a los rateros desplazamientos libres de observación y vigilancia, de este modo, es posible que cometan las más graves atrocidades sin que el poder se entere.

En el último escalafón en la jerarquía del crimen se hallan los borrachos. Aunque estos personajes no hacen del delito una forma de vida, el enajenamiento que produce la embriaguez hace que cometan delitos que los privan de libertad.

Hedor y vergüenza son los bloques de sentido que el narrador rojiano emplea para proyectar al borracho en la diégesis. Este primer pormenor descriptivo surge a propósito del defecado del ebrio, pues el estado de inconciencia que provoca el alcohol impide que estos personajes sean responsables de sus actos más básicos.

La vergüenza es el bloque de sentido resultante de la reprobación que suscita la borrachera entre los personajes rojianos. El repudio a la bebida es transversal, coinciden en su rechazo ladrones, policías y gendarmes.

Considerando lo que hemos expuesto, estamos en condiciones de señalar que el narrador rojiano recurre a las catálisis de la narración para dibujar una jerarquía del mundo delictual. Por medio de esta ordenación el narrador rojiano resiste los efectos del poder, burlando e invirtiendo las ordenaciones que exige poder disciplinario.

© **Pablo Fuente Retamal**

Notas

1 Tal inmueble ha sido recordado por Manuel Rojas en *Imágenes de infancia y adolescencia* (1985). El autor se refiere a la casa que albergó sus primeros años de vida de la siguiente manera: “nos fuimos a vivir al barrio Boedo, en una casa situada en la calle Estados Unidos, una casa con un parrón y unas gallinas, con bastante patio. En frente de la casa y ocupando casi toda la manzana había un alfalfar que sólo dejaba una delgada faja de tierra a unas casas de la calle que seguía hacia el sur” (40).

2 Aquella disposición jurídica, también llamada Ley Cané, fue sancionada en 1902 por el Congreso argentino durante el gobierno del Presidente Julio A. Roca.

3 Respecto del uso de bigotes el *Reglamento de vestuario y equipo de Ejército de Chile* (2002) señala: “El bigote es permitido al personal de todos los grados, debiendo usarse a la altura del borde del labio superior” (p.17)

4 “Sillie Utternut” es el pseudónimo empleado por Guillermo Blanco y Carlos Ruiz-Tagle para escribir la novela *Revolución en Chile*. Este nombre fue escogido de la frase inglesa *silly utter nut*, algo así como, “tonto de remate”.

5 Tal personaje corresponde a la ficcionalización del poeta Francisco Pezoa.

6 *La espera* de Guillermo Blanco recibió la máxima distinción en el Premio único del Concurso Interamericano de Cuentos organizado en 1956 por del periódico *El Nacional*, México.

7 Para profundizar en los esfuerzos de Aniceto Hevia por romper con las miradas deterministas que lo vinculan a la criminalidad, léase mi artículo “La mancha indeleble

de Aniceto Hevia: determinismo y superación en la tetralogía narrativa de Manuel Rojas”.

8 Siguiendo las investigaciones de Sergio Grez (157), Manuel Rojas se habría fijado en las vidas de los peluqueros Víctor M. Garrido y Teodoro Brown para construir los personajes descritos en *La oscura vida radiante*.

9 En *Antología autobiográfica* (16) Manuel Rojas reconoce que para ficcionalizar a este personaje halló inspiración en el porteño José Encarnación Novoa Orellana. Este sujeto sirvió también al poeta Carlos Pezoa Veliz para dar forma al protagonista del cuento *Marusiña* (1912).

10 Aquel artículo fue publicado el 6 de febrero de 1936 en *Agitación, semanario de trabajadores* en la ciudad de Vinaroz, Valencia.

11 Un fragmento del periódico *El Socialista* (Valparaíso) publicado el 11 de septiembre de 1915 demuestra el compromiso mostrado por ciertas organizaciones obreras en la lucha contra el alcohol: “Toda asociación obrera debe combatir prácticamente y con intransigencia la inclinación alcohólica de sus asociados. Si no lo hace, jamás traerá bienestar para sus asociados que vegetarán sumidos en todas las desgracias y consecuencias del vicio: pobreza, enfermedad, degeneración, falta de compañerismo, indiferencia por el propio y por el ajeno bienestar” (Ctd. Fernández 117).

Bibliografía

Barthes, Ronald. “El efecto de realidad”. *El susurro del lenguaje. Más allá de la palabra y la escritura*. Madrid: Paidós, 179-187, 1987. Impreso.

Blanco, Guillermo. “La espera”. *Cuero de diablo*. Santiago: Zig-zag. 97-112, 1993. Impreso.

- Castro, Óscar. “El último disparo del Negro Chaves”. *La sombra de las cumbres*. Santiago: Zig-zag. 27-38, 1973. Impreso.
- Ejército de Chile. *Reglamento de Vestuario y Equipo del Ejército*. Santiago: Ministerio de Defensa, 2002, Impreso.
- Espines, Josep. “Los bigotes, ¿patente militar?” *El Periódico Mediterráneo*. Web. 07 oct. 2003
- Fernández. Jorge y Rondina. Julio. *Historia Argentina*. Tomo I (1810-1930). UNL: Santa Fe, 2004. Impreso.
- Fernández, Mario. “Las puntas de un mismo lazo: Discurso y representación social del bebedor inmoderado en Chile, 1870-1930”. *Alcohol y Trabajo. El alcohol y la formación de las identidades laborales en Chile siglo XIX y XX*. Osorno: Universidad de Los Lagos. 91-120, 2008. Impreso.
- Gazmuri, Cristian. *Historia de Chile: 1891-1994. Política, economía, sociedad, vida privada, episodios*. Santiago: RIL editores. Impreso.
- Godoy, Eduardo. “El discurso moral de los anarquistas chilenos en torno al alcohol a comienzos del siglo xx”. *Alcohol y Trabajo. El alcohol y la formación de las identidades laborales en Chile siglo XIX y XX*. Osorno: Universidad de Los Lagos. 121-144, 2008. Impreso.
- González Vera, José. *Letras anarquistas. Artículos periodísticos y otros escritos inéditos*. Santiago: Planeta, 2005. Impreso.
- . “Sensible expropiador”, *Obras completas*. Santiago: Soria Editores, 2013. Impreso.
- Grez, Sergio. *Los anarquistas y el movimiento obrero. La alborada de “la Idea” en Chile: 1893-1915*. Santiago: Lom, 2007. Impreso.
- Lázaro, Mariano y Cortés, Manuel. *Lucha antialcohólica en la Guerra civil española*. Madrid: Peligrosidad Social. 2013. Impreso.
- Lazo, Olegario. “Complot”. *Cuentos escogidos*. Santiago: Nacimiento. 115-130, 1957. Impreso.
- Palma, Daniel. *Ladrones: Historia social y cultura del robo en Chile, 1870-1920*. Santiago: Lom, 2011. Impreso.
- Pimentel, Luz. *El espacio en la ficción*. Buenos Aires: Siglo veintiuno, 2001. Impreso.



- Rodríguez, Mario. “Novela y poder. El panóptico. La ciudad apestada. El lugar de la confesión”. *Utopía y mentira de la novela panóptica*. Concepción: Editorial de la Universidad de Concepción. 25-49, 2006. Impreso.
- Rojas, Manuel. “Un ladrón y su mujer”. *El delincuente*. Santiago: Zig-zag. 153-177, 1949. Impreso.
- . “Hijo de ladrón”. *Obras escogidas*. Tomo I. Santiago: Zig-zag. 379-601, 1974. Impreso.
- . “Sombras contra el muro”. *Obras escogidas*. Tomo II. Santiago: Zig-zag. 601-747, 1974. Impreso.
- . “Mejor que el vino”. *Obras escogidas*. Tomo II. Santiago: Zig-zag. 747-939, 1974. Impreso.
- . *Imágenes de infancia y adolescencia*. Zig-zag: Santiago, 1985. Impreso.
- . *La oscura vida radiante*. Santiago: Lom, 2008. Impreso.
- . (2008). *Antología autobiográfica*. Santiago: Lom, 2008. Impreso.
- Romero, Alberto. *La viuda del conventillo*. Santiago: Quimantú, 1972. Impreso.
- Utternut, Sillie. *Revolución en Chile*. Valparaíso: Pacífico, 1962. Impreso.